



Carmen Claudín

Investigadora sénior asociada

Eduard Soler i Lecha

Coordinador de investigación

Olas democratizadoras y fascinación autoritaria

A lo largo de las últimas décadas se han sucedido distintas olas de democratización, fuera y dentro del continente europeo. El estado de derecho parecía ir ganando terreno frente a otras formas de gobierno, incluso en el mundo árabe que, hasta hace cuatro años, parecía inmune a esta dinámica de cambio democrático. Sin embargo, paralelamente, una contracorriente autoritaria se ha puesto en marcha en numerosos países, desde Rusia a Venezuela, pasando por Hungría, miembro de la Unión Europea.

En un mundo de cambios bruscos, riesgo y vulnerabilidad, resulta muy preocupante la asociación de autoritarismo con fortaleza, por un lado, y democracia con debilidad, por otro. Todavía resuena el eco del discurso del primer ministro húngaro, Viktor Orbán, afirmando que las democracias liberales resistían peor las crisis y que los países más exitosos, como Rusia, Turquía o China, no eran liberales y algunos de ellos ni siquiera democráticos.

Nuevos discursos fundamentalistas y neoconservadores, basados en lecturas dogmáticas del cristianismo o del islam, pretenden enfrentarse al mundo «decadente» que la ideología liberal, en particular la occidental, supone representar. Algo muy alarmante está ocurriendo cuando un conocido comentarista neoconservador como Patrick J. Buchanan declara que Putin tiene razón al oponerse al modelo liberal en un momento en que «los conservadores, tradicionalistas y nacionalistas de todos los continentes y países, se levantan contra el imperialismo cultural e ideológico» de un Occidente decadente.

Democracia y derechos humanos

El propio proyecto de integración europea está concebido en clave de democratización. Las ampliaciones de la UE hacia el sur y hacia el este de Europa han respondido, entre otros fines, a la demanda de varios países que aspiraban a consolidarse como nuevas democracias. Democratización y modernización es lo que la Unión ha proyectado hacia el exterior. No en vano, se ha calificado a la UE de potencia normativa.

El Instrumento Europeo para la Democracia y los Derechos Humanos, que cuenta con más de 1.300 millones de euros en las actuales perspectivas financieras, es el paraguas de alcance global bajo el que se desarrollan todo tipo de acciones, desde el apoyo a actores de la sociedad civil hasta misiones de observación electoral. Asimismo, la UE cuenta además con mecanismos específicos para los países de su entorno más cercano. El más reciente es el European Endowment for Democracy, que tiene como objetivo dar apoyo a aquéllos que, por distintos motivos, no pueden recibirlo por los cauces convencionales.

Ejemplo y estrategia

La contribución de la UE al fortalecimiento de la democracia en términos globales empieza por construir una Europa fuerte y abierta. En estos momentos, la sensación de crisis permanente que se vive en la Unión, especialmente en los países periféricos, así como el refuerzo de fuerzas xenófobas y autoritarias en todo el continente, minan la proyección democrática global de la UE.

Pero, con crisis o sin ella, la UE se negaría a sí misma si no apoyara los procesos de transición democrática –tanto en su entorno más cercano (Túnez, Ucrania) como a miles de kilómetros de distancia (Myanmar)–, o si no apostara por una política de implicación constructiva con Turquía, donde el distanciamiento mutuo ha coincidido con la polarización y el refuerzo de actitudes autoritarias en ese país. La UE debe tener en cuenta que, afortunadamente, la democracia no es patrimonio europeo u occidental. El diálogo político y las acciones conjuntas con democracias emergentes, como Brasil, India o Indonesia, deben ser una línea prioritaria de la acción exterior de la UE para respaldar la demanda de democracia a escala global.